

Cartas del Papa Celestino VI a los hombres A LOS SACERDOTES

Por Giovanni PAPINI

(En *El Tiempo*. Bogotá. Mayo 30 de 1948).

La casa editorial Vallecchi, de Florencia, ha publicado el último libro de Giovanni Papini, Lettere Agliuomini di Papa Celestino VI, que en castellano ha tenido la versión de Cartas del Papa Celestino VI a los hombres. Según la crítica europea, muerto Pirandello, es Papini el literato italiano contemporáneo más universal y más sugestivo.

El nombre de Papini cobró entre nosotros mucha actualidad a propósito de la polémica que se encendió con motivo de su artículo negando los valores culturales americanos.

De sesenta y siete años, Papini actúa dentro del catolicismo con el ardor, el entusiasmo, el fuego interior que poseía en sus días de radical para desconfiar de la fe. El personaje de su nueva obra, el Papa Celestino VI, es una figura de imaginación en cuya boca pone un idioma de consuelo y de admonición, de estímulo para la batalla espiritual y de exaltación de la pureza cristiana.

La página que hoy publicamos va dedicada a los sacerdotes. Es un llamamiento para el servicio a la bienandanza social, para la dignificación de los caracteres, para la solidaridad con las empresas que impliquen "mirar a lo lejos, mirar a las cumbres", por sobre consideraciones de secundario interés propias de la grave misión eclesiástica. Es un texto de estilo rico en matices y en emoción interior.

Hermanos míos,
Hijos míos:

A vosotros, sacerdotes de Cristo, dirijo, antes que a nadie, mis palabras. Atribuladas palabras de amonestación, de enfado, de incitación, pero, sobre todo, de afecto. Si en ocasiones os parecen duras, pensad que me causen dolor antes que a vosotros, más que a vosotros.

No creáis que ignoro vuestra vida, el sacrificio, el drama, el calvario de vuestra vida. Yo también, como sabéis, fuí pastor de almas en mi juventud, y no he olvidado las tentaciones, las aflicciones, el desamparo que acompañan a la grandeza y la alegría de nuestro ministerio, pesando sobre ellas y haciéndolas expiar. Para nosotros más que para los cristianos ordinarios, es terriblemente cierto el gemido de Jesús: "El espíritu está dispuesto, pero la carne es flaca".

Cada uno de nosotros es un cuerpo de blanda arcilla clavado en una cruz de hierro candente. ¿A quién extrañará que ese cuerpo intente libertarse de los clavos para buscar un lecho menos inhumano? El sacerdote es el intermediario entre el hombre y Dios, entre el hombre que huye y Dios que persigue, entre el hombre reacio y Dios omnipotente, entre el hombre que se hace atrás, acobardado por su debilidad, y Dios, que, en nombre de su obstinado y desmesurado amor, exige todo de él.

Se nos pidió más que a los restantes hijos de mujer. Estamos hechos de sangre y de vísceras, pero tendríamos que ser semejantes a los ángeles. Vivimos junto al fango y el cieno, pero deberíamos permanecer siempre limpios. Estamos colocados aquí abajo, en las honduras terrenas, y nuestras palabras deberían

ser celestiales.

Hay entre vosotros, quienes consiguen salvar el sentido puro de la vocación y saben vivir, sombras intrépidas y lúcidas, en la inmensa sombra esplendorosa de Dios. Pero son pocos, y no están libres de los tormentos de la "noche oscura" del alma, de la sequedad espiritual que en ocasiones resiste incluso a la oración.

Pero hay, por desgracia, quien vive alterando la resignación culpable del "torpor" y un desperezo no siempre seguido por el bautismo regenerador de un segundo nacimiento. Sé de la tristeza de las veladas solitarias, mal consoladas por las nostalgias; las asechanzas de la mente inquieta, las languideces de los sentidos, las instigaciones del demonio meridiano, las impacencias juveniles, las claudicaciones de la vejez, las invitaciones del pecado que pone sitio a la fantasía, las lisonjas de la cómoda vida ordinaria, las miserias de la decadencia y de la indigencia, las rebeliones del orgullo no alentado, pero no siempre dominado; el fraudulento acobardamiento que nace de la costumbre.

Lo sé todo, lo comprendo todo, pero no puedo perdonarlo todo. Vuestra responsabilidad es demasiado grande, hermanos, y yo soy responsable de todos vosotros ante Dios. Perdonar a todos sería ofender a aquellos que os fueron confiados. El pastor perezoso hace que las ovejas queden con hambre; el pastor corrompido hace que las ovejas se echen a perder; el pastor dormilón hace que las ovejas se escapen; el pastor infiel les hace perder la cordura. No sólo tenéis que rendir cuentas a Dios y a mí de vuestra alma, sino de millares de almas. Vuestra tonsura no estará manchada solamente de ceniza, sino de lágrimas y sangre, llanto y sangre derramados no por vosotros, sino por muchos otros, por culpa de vuestra indolencia y vuestra negligencia.

Me siento desconsolado y angustiado por vuestra culpa, por la gran parte de culpa que es vuestra. Hasta ahora he tenido secreto este lamento, encerrado en mí por no entristeceros, por nodar alimento a la malicia de vuestros enemigos. Pero no puedo retenerlo más: la caridad lo arranca con violencia de mi corazón convulso. Con excesiva frecuencia, la justa defensa de los clérigos contra la jauría rabiosa de nuestros enemigos ha servido de excusa a los menos dignos. La confesión de la verdad será la mejor respuesta a las exageraciones de la acusación. Las piedras con las cuales golpearemos nuestros pechos habrán sido arrebatadas de manos de los lapidadores.

Perdonadme, hermanos, si en algún momento os parezco cruel. Pero la caridad que siento por las multitudes abandonadas e insatisfechas es infinitamente más fuerte que la que siento por vosotros. Prometisteis lo que los demás no prometieron; os fueron concedidos dones, poderes y consolaciones que los demás no tuvieron. Más se debe pedir a quien más ha prometido y más ha recibido.

Cristo os llamó la "sal de la tierra". ¿Por qué, pues, la tierra es aún tan desabrida, tan estúpida, desabrida hasta la insipidez, estúpida hasta la locura? Si las desgracias actua-

les de los hombres son debidas al abandono del cristianismo, si no cristianismo de los cristianos, a la no conversión de los cristianos, ¿quién si no vosotros deberá asumir la mayor parte de la culpa?

Y no puedo por menos que preguntaros: ¿creéis verdaderamente en Dios? ¿Conocéis de veras a Cristo? ¿Habéis cumplido todo vuestro deber? Habéis recordado y cumplido siempre lo que Cristo quiere de vosotros, lo que jurasteis con vuestra boca y vuestro espíritu el día de la ordenación?

Son preguntas que se anudan en la garganta, que caen sobre el papel bañadas por mis lágrimas. Son sollozos, más que preguntas, pero el Señor tendría derecho a formulármelas si yo me negase a dirigiros las. Son preguntas que pueden pareceros ferozmente injuriosas, pero que, desgraciadamente, me han sido sugeridas por la vida de muchos de vosotros.

¿De qué manera, decidme, creéis en Dios, en el Dios vivo que os dió la vida, que vertió toda la sangre de sus venas, todo el sudor de sus miembros, todo el llanto de sus ojos, toda la luz de sus palabras para renovar y transfigurar en todos la vida?

¿Creéis, sí, en Dios, creéis creer en Dios, habláis todos los días en nombre de Dios. Pero ¿de qué Dios se trata? ¿Es quizá una noción de la mente, un concepto abstracto, una helada entidad intelectual, aceptada por la comodidad práctica, por hábito de lenguaje, por tradición de maestros, por obediencia y conveniencia antes que por fe verdadera y tenaz, abrasadora y resucitadora?

Si vuestra fe se inflamase cada día, cuando tenéis en la mano el cuerpo mismo de la Víctima divina, no seríais a menudo tan indiferentes, tan distraídos, tan apégados, tan ausentes. Sed fuego y todos vendrán a calentarse el corazón junto a vosotros. Embriagaos, y todos cantarán con vosotros el canto de la libertad, aun en las mismas llamas de la hoguera. Pero vuestras manos no queman, vuestras palabras no arden, vuestros ojos no lanzan chispas, vuestros rostros son grises y apagados, a menudo, como los de quienes habitan en subterráneos.

Pensad por un momento en vuestro asombroso privilegio. Todos los cristianos pueden comer la carne de Cristo, pero sólo vosotros bebéis, todas las mañanas, Su sangre, Su sangre límpida y fervorosa que ha redimido incluso a vosotros con una de sus gotas. La sangre, como dice la Escritura, como debéis saber, es el alma, la sangre es vino transformado en bebida de salvación y embriaguez. ¿Por qué, pues, sois tan tranquilos, tan moderados, tan razonables, tan fríos? ¿Por qué ninguno os repite las palabras que los hebreos dijeron a los primeros discípulos de Cristo?

¿No sabéis que sólo la locura, la locura de la Cruz, puede llevar de nuevo a los hombres a la cordura? ¿No sabéis, pues, que sólo la incandescencia del entusiasmo puede devolver el calor a los tibios y hacer caminar a los paráliticos?

Demasiados de entre vosotros parecen simples empleados de la Iglesia —ujieres, bedeles, escribanos y contables— en vez de apóstoles insomnes, impacientes, imperiosos. Demasiados de entre vosotros son adormilados y mecánicos administradores de sacramentos en vez de testimonios, confesores, modelos irradiantes de la verdad que brotó de los labios del Redentor. Deberíais ser árboles vivos en el viento de las alturas, refugios de los pájaros del aire, generosos de hojas, de flores, de frutos y de som-